

otros, pastores y doctores para la consumación de los actos en orden al ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo, hasta que lleguemos todos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, al estado del hombre perfecto y a la medida de la edad de la plenitud de Cristo» (Ef 4,7-13).

Pero al hombre Jesucristo no se le dio el Espíritu según medida, sino en toda su plenitud absoluta, de modo que la naturaleza humana, que por el pecado de los primeros padres se había vuelto deforme, inválida, ignorante y totalmente alejada de la gloria, se hiciera por Cristo digna de unirse al Verbo y ser con él una sola persona. Aunque no confundándose, sino permaneciendo las dos naturalezas: obrando el Verbo lo propio del Verbo, pero no sin el hombre, y haciendo el hombre lo propio del hombre, pero no sin el Verbo, comunicándose al mismo hombre asumido en toda la plenitud de la gracia. De esta plenitud y abundancia está adornado el cuerpo de la Iglesia con la perfección de todas las virtudes, pero de tal manera que lo que falta a un miembro, se encuentre en otro, y que lo que se vea que falta en el cuerpo, se reconozca en la cabeza en su plenitud y abundancia.

Pero este Cristo Dios y hombre no sólo tuvo la plenitud de gracias y dones, sino también la por muchas razones indecible abundancia de méritos. Pues lo merecía no sólo como hombre sino también como Dios. Y comenzó a merecerlo desde el momento de su concepción por el hábito de su caridad perfecta y por el ejercicio de todas las virtudes. Lo cual se computó como mérito no sólo para él sino también para nosotros. Por todas sus obras, que procedían de su libre albedrío, mereció para sí la vida eterna que ya tenía, y para nosotros el que la tuviéramos. Adquirió, finalmente, para nosotros el perdón de los delitos, la gracia del mérito, la vestidura de la carne y de la inmortalidad, y nos abrió la entrada en la gloria del cielo.

Por eso, todo lo que tengamos de mérito, virtud, inteligencia, fe, esperanza, caridad, gracia y gloria, debemos atribuirlo a ese mismo Redentor nuestro y mediador de Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús, quien para conformarse a nuestra naturaleza y asumirla se hizo nuestro hermano, cuando por la naturaleza del Verbo era nuestro Dios y Señor, al que de todo corazón y con todas las fuerzas de nuestra alma debemos amar, honrar, venerar y alabar; y a quien tributar inefables acciones de gracias, y unirnos con fe inquebrantable y plena a todas sus palabras, exhortaciones y testimonios, pues es testigo veraz y fidelísimo, incapaz de mentir, y todo lo que se dice en los evangelios lo cuenta como Dios e Hijo de Dios, enviado por el padre a dar testimonio de la verdad y a descubrir lo que se mantenía oculto en los profetas y en los libros de las Sagradas Escrituras.

Pues antes de que la Sabiduría de Dios se hiciera hombre y tratara con los hombres a la manera del hombre, pocos conocían explícitamente la igualdad de la Trinidad indivisa, la distinción de las tres personas, la unidad de la esencia, la misma potestad, la única majestad y la única divinidad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Y lo mismo con respecto al misterio del Verbo que había de encarnarse, los frutos de su encarnación, el modo de su redención, el vínculo de su indisoluble caridad, el sacramento de Cristo y de la Iglesia y su matrimonio espiritual.

Pero al aparecer el Hijo de Dios en la carne, al hablar por el hombre asumido y al padecer por los hombres los escarnios de su pasión, los golpes de los que le azotaban y los terribles e intolerables suplicios de una muerte cruelísima, llegó a ser tan conocido lo que bajo ocultos enigmas habían hablado los profetas, que se publicó a los pueblos en las asambleas y lo confesaron y veneraron todos los fieles del mundo. Además, el nombre de Jesús que casi

era desconocido, llegó a ser tan célebre y tan honrosamente sublimado «que a (*este*) nombre se dobla toda rodilla de los cielos, de la tierra y de los abismos» (Flp 2,10), pues no se ha dado otro nombre bajo el cielo, por el que sean salvos los creyentes, más que éste.

Finalmente, la insignia de la cruz que, considerada como suplicio de hombres inicuos y criminales, desde que ese mismo Salvador pendió de ella, creció tanto en su veneración, que todos los ciudadanos de Cristo la honran, la imprimen en sus frentes y custodian con ella su pecho, llegando a convertirse en guardián frente a muchos peligros, en terror de los demonios, salud de los creyentes, fortaleza de los débiles, gloria de los príncipes, defensa de los pueblos, esperanza de los navegantes, confianza de los que luchan, llave del cielo, perdón de los pecados, ocasión de mérito, ostensorio de la misericordia divina, precio de la redención humana, gloria de la milicia cristiana, espejo de paciencia, ejemplo de humildad, norma de obediencia, forma de justicia, experimento de caridad, palma de victoria, árbol de la vida rubricado por la sangre de Cristo y adornado con las perlas de todas las virtudes.

Sobre esa cruz fundó el Hijo de Dios y Señor Jesucristo la Iglesia, maravillosa en su variedad, adornada con diversidad de funciones y caracterizada por multitud de dones espirituales, como consta por el testimonio de Pablo citado arriba. Ella es la fe católica propagada, que se compone de multitud de pueblos que, día y noche, con una sola voz, igual empeño y encendido afecto, alaban a Dios, le sirven con obras laudables y dan gracias a su bondad, deseando ser consortes de la naturaleza divina de su Hijo, coherederos del reino y copartícipes de la gloria.

Por último, los Sacramento de la Iglesia, en los que se instituye la realización de la salvación del hombre, unos arrancan del mismo Verbo encarnado y los otros existen basados en su autoridad. Los que él instituyó confieren a

los que los reciben dignamente la vida bienaventurada, mientras que a los infieles e indignos, la muerte eterna.

Oigamos lo que dice sobre el bautismo la Sabiduría de Dios que habló en un hombre: «Quien no naciere del agua y del Espíritu Santo, no entrará en el reino de los cielos» (Jn 3,5). El bautismo es el fundamento y la puerta de los demás que se hubieren cometido. Por él, además, el que se lavó se hace grato a Dios, hijo de la Iglesia, digno de la compañía de los santos, partícipe de los tesoros de Cristo, vestido con el candor de la inocencia, igual a los ángeles y miembro del cuerpo místico de Cristo. Quien carece de él, es un sarmiento cortado de la vid que no da ningún fruto agradable a Dios, sino que tendrá que ser quemado en el fuego eterno.

Lo dicho del bautismo hay que sentirlo también del misterio sacrosanto de la Eucaristía. Aquí hablo sólo de los que tienen uso de razón y llegaron a la edad de discernir. A quienes por infidelidad o por insensibilidad y embotamiento de la mente, no quisieron tomar el pan de vida, les dice el Salvador: «Si no coméis la carne del Hijo del hombre..., no tendréis vida en vosotros» (Jn 6,53). Los niños, por su partes y los que carecen de discernimiento, no están sometidos a esa necesidad. Purificados por el baño santo, que está santificado por el Verbo, se salvan en la fe de la Iglesia aunque no reciben este sacramento.

Así como el cuerpo no puede seguir viviendo durante mucho tiempo sin el alimento material, así el alma racional, privada de la caridad, de la vida espiritual y de la gracia vivificante, no puede sostenerse sin este alimento celestial ni cumplir una obra digna de remuneración eterna. Sin embargo, aunque a veces parezca recibir este cuerpo sacramentalmente, no siempre lo hace sin el mayor detrimento de su alma, como dice el Apóstol: «Quien come y bebe indignamente, sin discernir el cuerpo del Señor, come y bebe su propio juicio» (1 Co 11,29).

Todo fiel por tanto, ha de esforzarse por ser un miembro vivo del cuerpo de Cristo mediante la unión y conexión de la caridad, supuesto que coma, se alimente y crezca a partir de esa misma comida espiritual de la que se nutre el mismo cuerpo. Y esto con la cooperación de la cabeza con el cuerpo, cuerpo que es la Iglesia, a la que amó tanto «que se entregó por ella purificándole por el baño de (*la sangre y*) el agua en el Verbo, para presentársele a sí mismo como Iglesia resplandeciente, sin mancha, ni arruga, ni algo parecido» (Ef 5,26-27).

No sólo la purificó con el baño del agua en el Verbo, sino que también por el Verbo la redimió de la ruina eterna con su propia sangre. De poco hubiera servido haberle lavado con el baño del agua en el Verbo, si no la hubiera también redimido por ese Verbo por el que fue purificada. Por el baño de la purificación y por el misterio de la redención, la Iglesia se convirtió en esposa llena de belleza, sin mancha ni arruga. En esta obra de santificación de la Iglesia, llevada a cabo por el Verbo, intervienen a la par de modo magnífico el agua y la sangre, por la cooperación y la infusión en ellas del Espíritu Santo del Verbo.

Pues, como lo atestigua Juan, cuando pendía en la cruz el cuerpo exánime del Señor Jesús, nuestro redentor, y fue traspasado por la lanza, para mostrar cuánto fue el precio de la pasión y cuál y cuánto fue el efecto que en sí tenía, enseguida salió sangre y agua, mostrando con esto el Señor que el misterio de la salvación humana se había consumado. Por el agua, pues, nos purificamos de toda suciedad de pecado, como lo promete el Señor por el profeta, diciendo: «Derramaré sobre vosotros agua pura y quedaréis limpios de toda mancha de carne y espíritu... y os daré un espíritu nuevo» (Ez 36,25.26).

Pero por la efusión de la sangre somos redimidos de toda servidumbre del diablo, de los delitos y de la muerte,

como lo atestigua el apóstol Pedro al decir: «Sabiendo que habéis sido redimidos de la conducta vana transmitida por vuestros padres, no con oro o plata corruptibles, sino con una sangre preciosa, como de cordero incontaminado e inmaculado, Cristo» (1 P 1,18-19). Y Juan en el Apocalipsis dice: «Gracia y paz a vosotros de parte de quien es, quien era y que vendrá, de Jesucristo, que es testigo fiel, primogénito de los muertos y príncipe de los reyes de la tierra, que nos amó y purificó de nuestros pecados con su sangre» (Ap 1,4-5).

Es, pues, más claro que la luz que nuestra reconciliación con Dios, nuestra purificación de las iniquidades y nuestra redención de la servidumbre, se hace por medio de Jesucristo, Hijo de Dios y Señor nuestro. Y que por los sacramentos que él fundó y estableció nos unimos a su cuerpo místico, vivimos de su Espíritu y nos convertimos de enemigos en amigos, de siervos en libres, de desterrados en conciudadanos de los ángeles y de extraños en hijos y herederos. Finalmente, por él tenemos la confianza de acceder a Dios, de presentarle nuestras súplicas exponerle nuestras peticiones, conseguir su perdón, merecer la gracia y llegar a la gloria.

Por todo esto, amémosle con todas nuestras fuerzas para cantarle de corazón, manifestarle nuestras alabanzas y gracias espirituales, y reservarle la morada de nuestra mente limpia de toda mancha de pecado. Cante nuestra lengua su nombre, narre las alabanzas de su majestad, no calle los dones recibidos y no deje de pronunciar palabras de exhortación cuando hable con otros. Estén nuestras obras tan adornadas de virtudes que brillen ante los hombres glorifiquen a Dios que las realiza en nosotros. Que a quienes las vean les inciten a imitarlas, no esperando ninguna merced temporal de ellos ni ninguna alabanza pasajera, al modo que desean los hipócritas y los que aman el siglo. Bástenos aquí como remuneración del trabajo que

soportamos en el bien obrar, la alabanza divina, el provecho del prójimo, la buena disposición de la conciencia, el ejercicio de la virtud, el rechazo de los vicios y la seguridad intrínseca del juicio futuro.

En el juicio final, estará seguro y sereno ante el juez quien no robó nada de la gloria divina ni deseó ningún honor propio al hacer el bien, cantando y diciendo con el profeta: «No a nosotros, Señor, no a nosotros, sino a tu nombre da gloria» (Sal 113,9). Realmente es a él a quien se debe toda alabanza y gloria, «el cual, existiendo en la forma de Dios, se anonadó a sí mismo (*para presentar su propio honor al Padre, hasta tomar una naturaleza pasible y servil*), haciéndose obediente hasta una muerte tan humillante como la de la cruz» (Flp 2,6.7.8). Por eso Dios le exaltó por encima de los ángeles, tronos, dominaciones, principados y virtudes. Y le dio toda la plenitud de la potestad en el cielo y en la tierra, y hacer el juicio universal, porque es Hijo de Dios e Hijo del hombre. Le dio también «un nombre sobre todo nombre» ante el que «se dobla toda rodilla en los cielos, en la tierra y en los infiernos» (Flp 2,9.10).

Con razón se dobla ante él toda rodilla y se inclinan todos los imperios, como ante el Hijo de Dios, rey de reyes, cabeza de la Iglesia, redentor de los predestinados, dador de toda gracia, bienaventuranza de los santos, a quien todos, principalmente los fieles, deben venerar con piadoso afecto y desear gozar de su presencia, no como en espejo y en enigma, ni por la fe, sino cara a cara, donde el Padre reina en la gloria.

Capítulo XV

De cómo el hombre apetece por naturaleza elevarse a cosas mayores. Que no hay que escrutar los juicios de Dios. De qué es y para qué ha sido creado el hombre

Es innato a los mortales el deseo de aspirar a cosas más altas cada uno según su medida. Hay quienes creen aventajar en estimación a los demás por el conjunto y abundancia de sus dotes temporales. Otros creen merecer la alabanza de los hombres por haber alcanzado dignidades y magistraturas o por el desempeño de cargos. Otros, finalmente, adquiriendo ciencia y elocuencia, intentan vanidosamente saber más que los demás para, hinchados y altaneros, aparecer como dignos de admiración ante las turbas. Así todos, unos de una manera y otros de otra, según el anhelo torcido y desordenado que empuja a cada uno.

Tal apetito de superarse conforme a razón lo ha inscrito en las mentes de los hombres su autor, que de modo maravilloso, irrepreensible e inescrutable creó todas las cosas en su peso, número y medida. Aunque muchas de las cosas que se han hecho y se hacen a diario parezcan confusas y carentes de razón, debido, como se sabe, a la ceguera de quien juzga sin entender. Pues «¿quién conoció la intención del Señor o quién fue su consejero? (Rm 11,34). ¿Quién se atrevió a escrutar y sobrepasar impunemente la altura de la sabiduría de Dios y las causas arcanas de sus juicios? Escucha lo que dice el sabio: «No persigas cosas más altas que tú, ni quieras escrutar lo que te sobrepasa. Porque a quien quiere escrutar la majestad, le aplastará la gloria» (Pr 25).

Con razón queda aplastado por la gloria y cegado por

la luz quien trate de indagar y conocer los profundos juicios de los secretos de Dios, que sólo conoce él y aquellos a quienes en parte quisiera revelarlos. Se esfuerzan por llegar a donde el Apóstol no pudo hacerlo, cuando dice: «¡Oh profundidad de riquezas de la sabiduría y ciencia de Dios! ¡Cuán incomprensibles son sus juicios e inescrutables sus caminos!» (Rm 11,33). Queriendo penetrar en la claridad de la luz sempiterna y no pudiendo en absoluto, confesó deslumbrado que los juicios de Dios son completamente inescrutables. También el profeta llegó a esta misma conclusión, y dijo: «Los juicios de Dios, como un gran abismo» (Sal 35,7).

Lo dicho nos exhorta, pues, a que debemos venerar los juicios divinos, más bien que escudriñarlos con curiosidad y presunción. Y confesar de todo corazón que son totalmente verdaderos y justificados en sí mismos. Así lo atestigua el sabio cuando dice: «Todo lo que hiciste con nosotros, lo hiciste con toda justicia. Pues pecamos contra ti, y no obedecimos tus mandamientos» (Sb). Y en el profeta Daniel se lee: «Bendito eres, Señor, Dios de nuestros padres, y alabado y glorioso tu nombre por los siglos. Porque eres justo en todo lo que hiciste con nosotros. Todas tus obras son verdaderas, rectos tus caminos y verdad todos tus juicios. Pues hiciste juicios verdaderos en todo lo que trajiste sobre nosotros y sobre la ciudad santa de nuestros padres, Jerusalén. Pues con verdad y justicia trajiste todo esto, a causa de nuestros pecados» (Dn 3, 26-28).

Por tanto, como ya hemos dicho, no hay que escudriñar, sino venera los juicios de Dios. Aunque sí que hay que conocer sus obras, para por la obra de conocer la sabiduría de su Hacedor, y conociéndola le amemos, y amándole podamos alguna vez llegar a él. No en vano el Creador de todo nos hizo capaces de razón y deseosos de gloria. Pues por la razón mediante las criaturas y la pala-

bra de las Sagradas Escrituras, llegamos a alguna noticia de Dios, como lo muestra el Apóstol diciendo: «Desde la creación del mundo se ve lo invisible de Dios, su fuerza sempiterna y su divinidad, mediante el conocimiento de las cosas que hizo» (Rm 1,20). Y el profeta: «La exposición de tus palabras ilumina, y da inteligencia a los pequeños» (Sal 118,130). El apetito de lo sublime y honorable impulsa a desear y perseguir la excelencia de la gloria celeste, que se promete para el futuro a los que perseveren en el bien y viven laudablemente.

Por lo demás, al estar la razón embotada por la carencia de gusto de la bondad divina y por la falta de esperanza de los premios eternos, y gravada por el peso de la fragilidad corporal, se encuentra debilitada para la inquisición de lo invisible a través de lo visible. Al final el hombre, desterrado de la patria celeste, hecho ciudadano de este mundo, y como si estuviera privado de la luz de la razón y cubierto y sepultado por la insensibilidad de la infidelidad, cambia su apetito de conseguir la gloria por la búsqueda y posesión deleitable de los bienes visibles y de las delicias temporales. Abusa de los dones naturales y gratuitos, y deturpa la imagen de su Creador, que lleva en el alma.

Tal imagen está hecha de tal manera que en ella brilla una copia de la bondad divina, y por ella se glorifica la imagen del Dios invisible; es decir, el Verbo eterno, engendrado por el Padre antes de todos los siglos, a cuya imagen fue creado el hombre racional, como lo confiesan los divinos oráculos. Así se lee que Dios dijo en su creación: «Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza» (Gn 1,26). Con esto se declara la sublimidad de la naturaleza humana al valerse Dios en su creación de un cierto consejo. Pues al hacer las demás criaturas, tanto celestes como terrestres, dijo: «Hágase la luz, y la luz se hizo. Hágase el firmamento en medio de las aguas, y divi-

da unas aguas de otras. Y así se hizo. Háganse la luminarias en el firmamento del cielo. Y así se hizo» (Gn 1,3.6.14). Pero cuando se dispuso a crear al hombre dijo: «Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza», mostrando con ello que en la plasmación de este hombre concurrió el consejo de toda la Trinidad. Al decir «hagamos», muestra la distinción de las personas. Pero al mencionar de modo singularizado la imagen, muestra la unicidad de la sustancia.

Las personas son tres: Padre, Hijo y Espíritu Santo, mientras que la esencia es una, indivisible e inseparable. Pero no una persona y una imagen; no tres imágenes. Pues el Hijo es la verdadera imagen del Padre. Y es tan propia, tan igual y tan semejante que verdadera y católicamente se dice: quien ve al Padre, ve al Hijo. Oigamos al mismo Hijo lo que le dijo a Felipe, cuando le pedía que le mostrara al Padre: «¿Llevo tanto tiempo con vosotros, y todavía no me conocéis? Felipe, quien me ve a mí, ve al Padre. ¿No crees que yo estoy en el Padre y el Padre está en mí?» (Jn 4,9-10). Y hablado a los judíos, dice: «Yo y el Padre somos una misma cosa» (Jn 10,30).

Esto no lo puede de ningún modo decir el hombre, aunque haya sido formado a su imagen. Pues una cosa es ser imagen, y otra ser a imagen. Ser imagen, indica igualdad y la misma sustancia, tan expresa y propia que no se pueden separar, sin que una persona sea sin la otra o ésta se reconozca sin aquélla, Esto fue lo que quiso mostrar el mismo Unigénito, cuando dijo: «Si me conocierais a mí, conocierais también a mi Padre» (Jn 14,7). En cambio, ser creado a imagen, indica una ejemplaridad totalmente distinta de la esencia de la imagen, aunque sea semejante; al igual que la cosa iluminada es distinta de la luz que la ilumina, y la criatura, del Creador.

Juan el Bautista, el precursor del Salvador, era, como lo atestigua el mismo Señor, lucerna ardiente y luciente,

pero no era la luz. Oye al apóstol Juan lo que dice de esta lucerna: «Hubo un hombre enviado por Dios, de nombre Juan. Vino como testigo, para dar testimonio de la luz. No era él la luz, sino quien diera testimonio de la luz» (Jn 1,6-7). En cambio se refiere a la luz cuando habla de Cristo: «Era la luz verdadera, que ilumina a todo hombre que viene a este mundo» (Jn 1,19). Si a todo hombre, también a Juan. Cuando dice todo hombre, no exceptúa a ninguno. Para que nadie se glorie de ser luz sino el Señor, como lo escribe el Apóstol a algunos conversos, diciendo: «Fuisteis un tiempo tinieblas, pero ahora sois luz en el Señor» (Ef 5,8). Sólo el Señor Jesús, Hijo de Dios, es luz, que dice verazmente de sí mismo: «Yo soy la luz del mundo» (Jn 8,12). Los demás, si es que brillan reciben luz de esta luz.

Por tanto, al ser este mismo mediador, el Señor Jesús, la sola luz que no conoce ocaso ni recibe ninguna alteración de las tinieblas, justamente por eso, sólo él es la imagen perfectísima y eterna del Padre, de la que se lee: «Es un reflejo de la luz eterna, un espejo sin mancha, esplendor de la divina majestad e imagen de su bondad» (Sb 7,26). En cambio los demás hombres, de los que se dice que han sido formados a imagen de Dios, reciben una semejanza a partir de esa misma imagen. De aquí que la razón naturalmente innata al hombre, desee ser iluminada por esa luz de la sabiduría eterna. Luz que comienza en parte en esta peregrinación y que se completa en el futuro, según lo muestra el Apóstol: «En parte conocemos y en parte profetizamos. Cuando venga lo perfecto, desaparecerá lo que es en parte. Ahora vemos por espejo, en enigma, lo que es en parte. Entonces veremos cara a cara» (1 Co 13,9-10.12).

Por esta misma razón, el apetito de superación, inscrito por naturaleza en esta imagen creada, la arrastra al deseo de unirse a la imagen increada como a su principio y

fin, para el que está hecha. De aquí se deduce que la criatura racional tiende a Dios por naturaleza y, mientras conserve la dignidad de esa naturaleza, no pueda encontrar sosiego perfecto ni saciarse en ninguna cosa más que en Dios. Pero si pierde aquella dignidad, necesariamente se entregará a los goces vanos y transitorios, ya que no puede vivir sin alguna satisfacción. Por eso, ha de dar inmensas gracias a su Creador quien, iluminado por el resplandor del Verbo de Dios y de la sabiduría eterna, sabe que peregrina en la verdad hacia el Señor y desea ardientemente con todos los anhelos de una caridad encendida gozar de su beatísima presencia.

Quien es así y con la ayuda de la clemencia divina mereció llegar a este grado, espera con ansia y lleva con paciencia, como advenedizo en este siglo, la disolución de su cuerpo, soporta con ecuanimidad todas las dificultades y asperezas y no se hincha ante la prosperidad ni se abate ante la adversidad.

Los bienes temporales que tenga, los posee sólo para su uso y necesidad, y usa de este mundo como si no usara. Si enferma, se alegra. Si sufre persecución, da gracias. Si le maldicen, bendice. Si le alaban, se humilla. Si le causan daño, medita dentro de sí sobre aquel dicho memorable del bienaventurado Job, que dice: «Desnudo salí del seno de mi madre y desnudo allí volveré. El Señor dio, el Señor quitó. Se hizo como a él le plugo. ¡Sea bendito el nombre del Señor!» (Jb 1,21).

Si tiene bienes, los reparte con los pobres. Si padece necesidad, no se entristece, puesto que con el apóstol Pablo aprendió a ser rico, tener hambre, tener sed y padecer necesidad. Si se ve envuelto en peligros, se refugia en el refugio de la oración pidiendo a Dios el auxilio del cielo. Si le acosan las tentaciones, las rechaza virilmente lleno de gozo, siguiendo la exhortación de Santiago apóstol, que dice: «Bienaventurado el varón que soporta la tenta-

ción, porque tras ser probado recibirá la corona de la vida que prometió Dios a los que le aman» (St 1,12).

Si quedándose sin consuelos espirituales, su mente se vuelve estéril, se apoya en la grandeza de la esperanza, cantando y diciendo: «Espera en el Señor, obra con valentía. Tu corazón se fortalezca, espera en el Señor» (Sal 94). Si viniendo la gracia de lo alto se le ensancha el corazón, se fortalece en la gravedad de la humildad. Si se entrega a la oración, piensa estar ante Dios en espíritu, desechando de su corazón los pensamientos nocivos y superfluos. Si se entrega a la lectura de las divinas Escrituras, se esfuerza por extraer el sentido espiritual bajo el velo de la letra. Finalmente, si inhabita en las entrañas de su corazón la presencia del Verbo, se goza de los castos abrazos del esposo y se inflama en el amor de su Creador. Si meditando las cosas celestes se eleva sobre sí derretido por la dulzura de la caridad, anhela unirse a la compañía de los ciudadanos del cielo. Se le hace entonces pesada la morada de su cuerpo, deseando disolverse y estar con Cristo. Pues aunque le parezca útil permanecer un poco en la carne, considera que es mucho mejor reinar con Cristo.

Sin embargo, se consuela y tolera con ánimo valiente las fatigas de esta peregrinación, acordándose de la palabra del Apóstol que dice: «Pues pienso que los padecimientos de este tiempo no tienen comparación con la gloria futura que se revelará en nosotros. Porque la expectación de la creación está esperando la revelación de los hijos de Dios. Pues la creación quedó sometida a la vanidad, no de grado sino por aquel que la sometió, en la esperanza de que esa misma creación sea liberada de la servidumbre de la corrupción en la gloriosa libertad de los hijos de Dios. Pues sabemos que la creación entera gime y está en dolores de parto hasta ahora. Y no sólo ella sino nosotros mismos que tenemos las primicias del Espíritu,

gemimos también dentro de nosotros esperando la adopción de los hijos de Dios, la redención de nuestro cuerpo» (Rm 8,18-23).

Deseo, pues, ardientemente como mucho mejor estar con Cristo en la patria, aunque abrace deliberadamente peregrinar en la carne. Antepono la voluntad divina a la suya y quiere agradecerle a él más que a sí mismo. Desea sujetarse a él en todos sus mandatos, y no apartarse en nada de sus consejos. Sabe que por la disolución de su morada no puede perder la presencia de su Creador. Así, sostenido por la esperanza inquebrantable de su propia salvación y por la confianza en la bondad de Dios, dice con Pablo: «Sabemos que si la casa terrestre de nuestra morada se desmorona, tenemos una edificación hecha por Dios, una casa eterna, no hecha por manos humanas, en los cielos. También en esto suspiramos por nuestra morada del cielo deseando revestirnos de nuevo, si es que estamos vestidos y no desnudos, para que lo mortal quede absorbido en la vida» (2 Co 5,1-5).

Por eso, quien confía en la esperanza de la futura resurrección, adapta su mente a todo lo que le ocurra, ya a favor ya en contra de la virtud, y se recoge dentro de sí procurando la guarda de su corazón como si fuera a morir cada día, declamando en su espíritu con frecuencia aquel dicho profético: «Como desea el ciervo las fuentes de agua, así te desea mi alma, Dios. Mi alma tiene sed de Dios, la fuente viva. ¿Cuándo llegaré y me encontraré ante la faz de Dios?» (Sal 41,2-3). Vive ciertamente en el cuerpo sirviendo a Dios y dedicándose exteriormente a la tarea que se le ha asignado. Pero interiormente no sólo aparta su mente de los pensamientos nocivos e inútiles y de los afectos desordenados, sino que también se esfuerza por liberarse, en cuanto le es posible, de sus necesidades y de las de los demás, a fin de quedar libre para meditar las cosas de Dios.

Finalmente huye en cuanto puede de la compañía de hombres que con sus conversaciones mancillan la pureza de la mente llenándola de fantasías y busca los lugares solitarios, amigos de la tristeza y la oración, según la exhortación del oráculo divino. Dice el Señor, refiriéndose al alma que quiere perseverar en la devoción: «La conduciré a la soledad y le hablará el corazón». No entre el tumulto de los hombres ni en el ajetreo de las faenas, sino en la soledad de la tranquilidad y de la paz. El Señor habla al corazón y revela los arcanos misterios de las palabras divinas y de los bienes celestes.

Instruido por su experiencia y atraído por su dulzura, medita y concibe en su mente, según la gracia que se le ha dado y el impulso del Espíritu, cuáles son los gozos de los ciudadanos celestes y cuántos sus premios. Pues aunque, según muestra el Apóstol, «ni el ojo vio ni el oído oyó, ni llegaron al corazón del hombre las cosas que Dios preparó para los que la aman» (1 Co 2,9), sin embargo, por la revelación del Espíritu, las degustamos de algún modo como nuestras, aunque no en su cualidad y número, sino en cuanto la debilidad humana puede entenderlas y Dios quiere comunicarlas. En efecto, Pablo, que fue arrebatado hasta el tercer cielo y vio y oyó lo que no está permitido hablar al hombre a cerca de la esencia de Dios y de la magnitud arcana de su gloria, dice así: «Si en el cuerpo o fuera del cuerpo, no lo sé. Dios lo sabe» (2 Co 12,2.3). ¿Qué puede decir de esta gloria quien está constituido de un cuerpo mortal y vive en la tierra como ciudadano y habitante?

También Juan en la cena se recostó sobre el pecho del Señor Jesús y de ahí bebió la generación del Verbo que luego expresó diciendo: «En el principio era el Verbo y el Verbo estaba junto a Dios y el Verbo era Dios» (Jn 1,1). No dijo nada en detalle de esa generación, sino que sólo habló de lo que en el futuro se ha de manifestar, diciendo:

«Queridos, ahora somos hijos de Dios y todavía no se ha manifestado lo que seremos. Sabemos que cuando se manifieste, seremos semejantes a el, porque le veremos tal cual es» (1 Jn 3,2). ¿Qué es lo que podemos adivinar de tan grande realidad nosotros, que estamos revestidos de carne y sangre? Si de lo que a diario vemos, oímos y tocamos con la mano conocemos tan poco, ¿qué podremos juzgar de lo invisible y celeste? El que lea que entienda.

Lo que de esto creyendo confesamos, lo sabemos por las Escrituras sagradas, con la instrucción del Espíritu Santo, y por el unigénito Hijo de Dios que vive en el seno del Padre; quien apareciendo en la carne nos lo contó unas veces a través de parábolas y otras por sentencias, pues de otra manera no lo hubiera comprendido nuestra ignorancia, según lo atestigua el mismo Unigénito diciendo: «Si hablándoos de lo terreno, no creéis, ¿cómo vais a creer si hablo de lo celeste?» (Jn 3,12). Por tanto, aunque no se pueda explicar, tal cual es, la gloria que Dios prometió a sus fieles, a causa de su inmensidad y suavidad, sin embargo, no hay que callar que existe, para exhortación de quienes, despreciando los bienes temporales y eternos, no dudan en obtener los invisibles y celestes que superan todo sentido, una vez consumada la lucha de esta peregrinación, según la promesa del Verbo de Dios que dice: «El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán» (Mc 13,31). Pues la gloria que como premio de las fatigas por Cristo se da en la patria a los que luchan en la tierra, es Dios, que es el mejor de los premios.

Al pedir Moisés al Señor que se le manifestase escuchó esto: «Te mostraré todo bien» (Ex 33,18), esto es, a mí mismo. No pudo explicar la gloria de la divina majestad de una manera más recta, más verdadera o más eficaz que diciendo: «Te mostraré todo bien». En esta única palabra se resume toda felicidad, saciedad y gozo. Este bien que es, no lo tiene de nadie, porque por su naturaleza es

lo que es. El es quien ha creado todas las cosas buenas que hay en el cielo o en la tierra, que no son buenos por sí, sino que son buenas a partir de lo bueno, porque el bien sólo puede hacer cosas buenas. Por tanto, la contemplación de este sumo bien, que es Dios, es la vida eterna, la bienaventuranza sin término, la saciedad sempiterna.

Si alguien mereciera contemplar este bien tal cual es, nadie podría arrancarle de sus abrazos, pues quedará lleno de admiración, amor, sabiduría, gozo, seguridad, paz y alabanza, diciendo con el profeta: «Bienaventurados los que habitan en tu casa, Señor. Te alabarán por los siglos de los siglos» (Sal 83,5). Te alabarán, dice, y nunca se cansarán de alabarte, mirando a quien merece toda alabanza, en quien reside todo lo que es digno de alabanza, deseo y amor. Pues lo que hay en él, es Dios, la ley de justicia de infalible verdad, la anchura sin límites de la bondad, la sabiduría que todo lo abarca e ilumina, y la sublimidad que trasciende todo lo creado; a quien conocer, es vida eterna. Amar, gozo inefable. alabar, alegría extrema. Y gozar, bienaventuranza. Sin tristeza, temor, dolor, duda ni vacilación.

Quien sea elegido para contemplar este bien, lo es de tal manera que entrando en el gozo de su Señor ya no vuelva a salir fuera, sino que goce de una tranquilidad perpetua, tal como dice el Verbo de Dios: «Quiero, Padre, que donde yo estoy estén también ellos conmigo, para no perder a ninguno de los que me diste. Tú, Padre en mí y yo en ellos, para que seamos consumados en la unidad» (Jn 17,24.12.23). ¿Qué más pudo prometer? ¿Qué mayor bienaventuranza conceder que como el Padre está en el Verbo, así el Verbo quiere estar en nosotros por unión de amor y vínculo de caridad; no por naturaleza sino por la adopción con la que Dios Padre se dignó gratificarnos en su Hijo haciéndonos copartícipes de su reino?

Esta es la herencia de los hijos de hijos de Dios que guardan los mandamientos; a saber, estar con Cristo, gozar de la presencia del Padre y contemplarle cara a cara; ver a Cristo en nuestra humanidad sentado a la derecha del Padre, elevado sobre todos los coros de los ángeles, arcángeles, tronos, dominaciones, virtudes, querubines y serafines; vestido con la belleza de todos los santos, patriarcas, profetas y todos los elegidos; iluminando a la misma ciudad santa Jerusalén con un fulgor tan resplandeciente que no haga falta ninguna otra luz, ya que el mismo cordero de Dios es la luz sin ocaso, inextinguible y perpetua, en cuya luz del Verbo todos ven la luz y glorifican y veneran a Dios. Pues no pueden dejar de alabar a aquel por quien fueron creados, confirmados y redimidos. En efecto, él fue quien confirmó a los ángeles; y él fue quien elevó a los elegidos a tan gran gloria mediante la redención por la efusión de su sangre, suplicando el mismo Hijo de Dios por los hombres y mostrando al Padre las cicatrices de sus heridas, principal manifestación de su amor.

Según esto, hay que adorar y honrar al Hijo de Dios, vestido de la naturaleza humana, por la misma razón y con el mismo afecto que al Padre, ya que por él y en él existen todas las cosas, y todos los gozos de cada uno de los elegidos son comunes a todos y a cada uno. Y cada uno piense que hay en él el mismo bien que el que reconoce en el otro por la unión de amor que mutuamente se profesan en Cristo, de los que es la cabeza. Se aman recíprocamente en caridad perpetua, le alaban juntos con toda la fuerza que pueden y desean alabarlo más de lo que pueden, pues confiesan que se le ha de alabar incomparablemente más de lo que entienden. Así, todo su deseo y todo su afán consiste en contemplarle, alabarle y transformarse en él, amándole más que a sí mismos.

Están sedientos y se llenan de la abundancia de la casa

de Dios, bebiendo hasta la saciedad del torrente del eterno gozo que mana con abundancia de la fuente de la vida, de lo que está escrito: «Fuente de sabiduría del Verbo de Dios en las alturas» (Sal). De esta fuente manan constantemente ríos de sabiduría más suaves que el néctar y más claros que cualquier resplandor, de los que los mismos espíritus bienaventurados, recreados en una sobria ebriedad, se llenan de toda luz y desbordan de gozo, siendo Dios para ellos todo en todos. Dios, que es bendito por los siglos.

A veces los perfectos son arrebatados hasta esta contemplación de los premios celestes, pues olvidando lo que queda atrás tienden a lo que está delante, persiguiendo la palma de la vocación celeste para alcanzar a aquel en lo que son alcanzados (cfr. Flp 3,12.13.14), y entender gustando las cosas que desean y que por la promesa de Dios esperan poseer para siempre. En esta espera se hacen cada día más fuertes por la paciencia y tolerancia de las adversidades que se les presentan. Vislumbrando ya la gloria de Dios, en cuanto pueden y se les concede, y luchando virilmente, avanzan de virtud en virtud y tratan de subir paso a paso a lo más alto y perfecto, esperando nada menos que la resurrección del cuerpo, para según sus deseos poder ver al Dios de los dioses en Sión.

Este es, ciertamente, el último grado de los que peregrinan hacia la perfección; a saber, vivir pacientemente y perseguir con ardor la palma de la patria celeste, hasta poder llegar felizmente a Dios y verle tal cual es: origen de todos los bienes, bondad inefable, fuente de vida, luz sin ocaso, fortaleza de los que luchan, corona de los vencedores y gloria de los que reinan con él, Dios Trinidad, que permanece por siglos de los siglos. Amén.

INDICE

TRATADO DE LA ORACION

I. La virtud de la Oración; diversas definiciones de la misma. Esta virtud merece especial veneración por sus grandes prerrogativas; ocupa, sin duda, el puesto duodécimo entre los frutos del árbol de la vida	5
II. Cuáles son los efectos por los que distingue la virtud de la santa oración	8
III. Cómo deben ser los que desean entregarse a Dios en la oración; doble preparación para la misma	12
IV. Impedimentos de la oración; ¿por qué Dios a veces no la escucha?	15
V. Trata de aquellas cosas que preparan al alma para la oración y que la hacen más eficaz	19
VI. En qué sitios y en qué tiempos conviene orar	23
VII. Dos clases de oración, fructuosa e infructuosa; subdivisión de las mismas	26
VIII. En qué aspectos aventaja la vida contemplativa a la activa	31
IX. Cualidades que debe reunir la oración para que sea perfecta	35
X. Trataré de los grados de la contemplación, a la que debe tender toda clase de oración	38

Epílogo. ¿Quién subirá a este monte del Señor, o estará en su recinto sacro?	44
--	----

LOS GRADOS DE PERFECCION

Introducción	51
I. Sobre la luz de la mente que ha de iluminar los ojos, para que no se duerman en la muerte del pecado	
II. Sobre la detestable ceguera de los que pecan voluntariamente, y la miseria de los pecados en que caen	62
III. Por qué el Hijo de Dios se encarnó y lo que hizo para la salvación de los hombres con la institución de los sacramentos	67
IV. Sobre el tipo de enemigos espirituales y la abundancia de tentaciones que llenan esta vida	74
V. Sobre la necesidad de los dones del Espíritu Santo para la adquisición y ejercicio perseverante de las virtudes	81
VI. Sobre la necesidad de una luz espiritual para alcanzar la pureza del corazón, y sobre su excelencia y efectos	88
VII. Sobre la vigilancia constante de los soldados de Cristo frente a la astucia de los enemigos, y sobre la debilidad de nuestro corazón	94
VIII. Sobre la maldad de la soberbia de la mente. Sobre el esfuerzo diario de los incipientes, los proficientes y los perfectos, para obtener la humildad	100
IX. Sobre el daño que cause el ocio y la falta de ejercicio corporal y espiritual	109

X.	Sobre la renuncia deliberada al siglo y el comienzo del camino de los consejos. Donde se indica a los fieles de Cristo la forma de la verdadera peregrinación	118
XI.	Sobre la necesidad de la prudencia para alcanzar las demás virtudes. Y sobre la obediencia y sus grados	127
XII.	Sobre la necesidad que tiene todo hombre de que le ayuden. Sobre la utilidad y modo de orar, y sobre la sublimidad de la oración .	135
XIII.	Sobre las prerrogativas del alma que tiende a la perfección por el ejercicio de las virtudes. Sobre la excelencia del amor a Dios y al prójimo	146
XIV.	Cómo por la consideración de las criaturas y el espejo de las Escrituras se descubre la inteligencia del sumo Hacedor y el modo de obrar de Dios	157
XV.	De cómo el hombre apetece por naturaleza elevarse a cosas mayores. Que no hay que escrutar los juicios de Dios. De qué es y para qué ha sido creado el hombre	168